

28 FEBRERO

Cuando llega el momento en el que no podemos rezar, la solución es sencilla: si Jesús está en mi corazón, tengo que dejarle rezar, tengo que permitirle rezar dentro de mí, para que le hable a su Padre en el silencio de mi corazón. Si yo no puedo hablar, él hablará por mí; si no puedo rezar, él rezará. Por eso decimos: «Jesús, que estás en mi corazón, yo creo en tu fiel amor por mí».